

Mal iban las cosas, y violentamente, como hemos visto, protestaban las personas contra los atisbos de Cossar que habían revolucionado á la gente, que ellos tenían por estúpida, contra su grandioso proyecto, que parecía un bastón metido en un avispero.

—Nunca lo hubiera imaginado — dijo el hijo mayor de Cossar aludiendo á la actitud nostálgica del pueblo.

—No podemos continuar — replicó el segundo.

—Son unos bichitos incapaces — añadió el tercero de los hermanos, — y está visto que, ni aun en beneficio suyo podemos hacer nada. ¡Tan hermosas cosas como pensábamos hacerles!

—La vida corta y mezquina que, al parecer, tienen esas gentes, la invierten en andar á la greña unos con otros — dijo el mayor. — Todo se les convierte en derechos, leyes y picardías, como si fuera un juego de partidas serranas; pero para ellos hacen: tendrán que seguir viviendo en

zaquizamíes sucios é incómodos algún tiempo más, porque es evidente que no podemos proseguir.

Y los muchachos gigantes dejaron sin acabar aquella inmensa casa, la excavación para los cimientos y el muro empezado á levantar, y se volvieron á su propio recinto. Poco tiempo después se llenó la excavación de agua y el estancamiento de esta, unido á los hierbajos y á los insectos que en ella nacieron y al alimento dejado allí por los chicos gigantes ó llevado en polvo por el viento, determinó el crecimiento acostumbrado. Empezaron á salir del agua estancada topos inmensos que esparciéndose por el país, causaron destrozos enormes.

Un día encontró un labriego á sus cerdos bebiendo en la charca, y con gran serenidad los mató á todos en el acto, porque había oído hablar del cerdo monstruoso de Oakham. De aquella charca salieron mosquitos terribles que tuvieron la virtud de hacer que, cansados los hijos de Cossar de sus picaduras, se dedicaran una noche de luna, en hora en que el orden y las leyes dormían pacíficamente, á desaguar la charca en el río cerca de Brook.

Por último, se olvidaron todos de los hierbajos monstruosos, de los insectos acuáticos y de los demás seres molestos, que siguieron viviendo y procreando en aquel lugar escogido para casa grande con destino á la gente pequeña, que hubiera po-

dido ser un magnífico y majestuoso edificio que hubiera tocado las nubes.

Todo esto había ocurrido durante la menor edad de los hijos del alimento, quienes al fin llegaron á ser hombres y se vieron más aprisionados aun por las cadenas que los sujetaban.

A medida que pasaba el tiempo crecían los gigantes, se esparcía más el alimento y se multiplicaba lo grande, lo cual era causa de que de año en año aumentara la tensión de los ánimos. El alimento no había sido al principio más que una maravilla vedada á la mayor parte de la humanidad, pero iba apareciendo ya en el umbral de todas las puertas, amenazador, gravitando sobre todos los órdenes de la vida y desquiciándolos: cerraba lo de aquí, volcaba lo de más allá, transformaba los productos, y al transformarlos suprimía brazos y dejaba sin trabajo á centenares de miles de criaturas, y, por último, llegó á borrar las fronteras y á convertir el mundo comercial en un mundo de cataclismos. No es de admirar, por lo tanto, que el mundo le odiase, y como es más fácil odiar seres animados que seres inanimados, á los animales más bien que á las plantas, y á los hombres mucho más que á los animales, el transtorno y el miedo enjendrados por las ortigas gigantes, por las hojas de seis pies, por los insectos horripilantes y por los bichos monstruosos, se concentraban en una gran fuerza de aborreci-

miento contra aquellos desperdigados y enormes seres humanos; los hijos del alimento. Dicho aborrecimiento había llegado á ser la fuerza central en los asuntos políticos: las antiguas divergencias de partido habían cedido ante la irrupción: el conflicto surgió entre el partido de los contemporizadores y el partido de la reacción; aquél proponiendo que los políticos centralizasen y regularizasen el alimento, y éste, en el que militaba Caterham, expresándose cada vez con ambigüedad más siniestra, cristalizando su intención en una frase amenazadora, diciendo otra vez que los hombres tenían que «podar las excrescencias de las zarzas,» luego, que debían procurar «la curación de la elefantiasis» y por último, afirmando en víspera de elecciones «que era preciso desarraigar las ortigas».

Un día, los tres hijos de Cossar, que eran ya hombres hechos y derechos, se hallaban entre grandes montones de materiales hablando entre sí, á su modo, de tales cosas. Estuvieron todo el día trabajando en una de las series de trincheras grandes, complicadas y subterráneas que su padre les había mandado hacer, y á la puesta del sol se hallaban sentados en el jardincito que había delante de la casa grande, contemplando el mundo y descansando hasta que los sirvientillos del interior salieran á decirles que estaba lista la comida. Figúrense nuestros lectores aquellos hombres in-

mensamente grandes, el que menos de trece metros de estatura, sentados en un césped que parecía un rastrojo de cañas. Uno de los jóvenes se había enderezado para quitarse la tierra de las botas con un pedazo de hierro que tenía en la mano; el segundo descansaba sobre un codo, y el tercero modelaba en el tronco de un pino y embalsamaba el aire con el olor de la resina. No usaban trajes de paño, pues su ropa interior era un tejido hecho con cuerdas, y la exterior era de hilo de aluminio afieltrado; estaban calzados con madera y hierro, y los anillos, botones y cinturones de sus trajes eran de acero labrado. La gran casa, de un solo piso, en que vivían, egipcia por su estilo macizo, en parte construída por monstruosos bloques de cal y en parte excavada en la roca viva de la colina, tenía una fachada de unos cien metros de altura, y por encima de ella se elevaban maravillosamente las chimeneas y ruedas, las grúas y cubiertas de los talleres. Por una ventana circular de la casa se veía claramente una gárgola, de la cual caía cierta especie de metal blanco, en bien calculadas gotas, á un receptáculo que no se llegaba á ver. A un lado y á otro, en el espacio que mediaba entre los tres gigantes, había grandes pozos, y todo el recinto estaba bien cercado y fortificado por monstruosos diques de tierra, sostenidos con aceros y que sobresalían por encima de las crestas de las dunas, en la parte alta, como á

través de la depresión del valle: el tren que bajaba resoplando desde Sevenoaks al través de su campo visual para hundirse al momento en un túnel, parecía, en virtud del contraste con ellos, un pequeño juguete automático.

—Han sacado los tablones de su sitio por este lado de Ightham — observó uno de los jóvenes, — y la tabla que estaba más allá del camino de Knockholt la han adelantado dos millas ó más hacia acá.

—Es lo menos que pueden hacer — dijo el menor después de una pausa. — Están intentando recoger el viento de las velas de Caterham.

—No es bastante para conseguirlo, y casi ya es demasiado para nosotros — observó el tercero.

—Nos están cortando la comunicación con nuestro hermano Redwood. La última vez que estuve á verle habíam avanzado los cartelones rojos más de una milla por cada lado. El camino para ir á su casa, á lo largo de las dunas, no es ya sino un estrecho sendero.

El que hablaba quedó pensativo y dijo luego:

—¿Qué le pasará á nuestro Redwood?

—¿Por qué lo dices? — le preguntó el mayor.

El anterior alisó su estaca con la navaja y respondió:

—Porque parecía tan... vamos, así como si estuviera dormido. ¡Ni parecía escuchar lo que yo le decía! Me dijo algo de... amor.

El menor golpeó con su cuartón la suela de hierro de sus botas y se echó á reír. Luego, dijo:

—Nuestro hermano Redwood sueña.

Hubò una larga pausa, hasta que el mayor rompió el silencio exclamando:

—¡Esto de que sigan enjaulándonos de ese modo no lo puedo soportar! Al fin, acabarán por echar una línea alrededor de nuestras botas y por decirnos que allí tenemos que vivir.

El segundo de los hermanos echó á un lado el montón de ramas de pino con una mano y cambió de postura, diciendo:

—¡Lo que ahora hacen no es nada en comparación con lo que harán cuando Caterham sea poder!

—Si llega á serlo — observó el menor golpeando el suelo con el cuartón.

—¡Como sucederá! — dijo el mayor con los ojos fijos en sus enormes pies.

El mediano dejó de mover las ramas y con la vista recorrió las grandes trincheras que les rodeaban.

—Para entonces habremos acabado de ser jóvenes, hermanos míos... — exclamó. — Y, como hace poco nos dijo nuestro padre Redwood, tendremos que portarnos como hombres.

—Sí — contestó el mayor, — pero ¿qué quiere decir eso con exactitud? ¿Qué significará cuando llegue aquel día de trastorno?

Miró también aquellos inmensos atrinchamientos que les rodeaban, pero no los contempló sencillamente, sino que extendió la mirada y la paseó por encima de las colinas hasta alcanzar las innumerables multitudes que vivían más allá de las mismas.

Algo debió de pasar por la mente de los otros dos jóvenes, semejante á una visión de gente diminuta que llegara hacia ellos en son de guerra, algo así como una corriente de seres minúsculos, pero inagotable, maligna, hostil.

—Son muy pequeños — observó el más jovenito, — pero son innumerables, como las arenas del mar...

—Y tienen armas...

—Además, hermanos, exceptuando los animaluchos, ¿qué sabemos ni qué hemos visto nosotros de matar?

—Ya lo sé — dijo el menor. — ¡Suceda lo que quiera seremos lo que somos, y cuando llegue el día de la hecatombe, haremos lo que debemos hacer!

—Nuestro padre es todo como nosotros — dijo el segundo de los hijos de Cossar, — únicamente su cuerpo es pequeño. Cuando llegue el momento ya nos dirá qué es lo que tenemos que hacer. Nos enseñará á fabricar y á manejar las armas... Además ¿para qué han de servir los pozos y estos tablones empotrados en el suelo?

Levantó el cuchillo y señaló hacia abajo.

—Si quisieran entrar aquí — dijo, — bien pudiera ser que hasta la tierra les fuera hostil.

—Es verdad — replicó el mayor, — y después...

—No tienen fin: son incontables — murmuró el menor.

—¡Bah! — exclamó el mediano. — Tal vez perdieran el valor; y después de todo ¿por qué no nos dejan en paz?

Cerró de golpe la navaja cuya hoja tenía más de metro y medio de larga, y apoyándose en el bastón que acababa de hacer, se levantó y volvió hacia la gran mole gris que representaba la casa. Los purpúreos reflejos de la puesta del sol lo envolvieron por completo haciendo brillar más en su malla metálica los broches y las hebillas del cuello y de los brazos, apareciendo á los ojos de su hermano como una mancha luminosa y sangrienta.

El hermano mayor distinguió, al levantarse, una figurita negra que desde lo alto del terraplén, que llegaba hasta la altura de las dunas, hacía señales desusadas con la cabeza y los brazos. El joven comprendió por aquellos señales que era necesario acudir allí con urgencia: contestó con el bastón á las señales, y resonó en el valle su voz diciendo: «¡Va!»; puso en guardia á sus hermanos exclamando: «Algo ocurre», y se dirigió al encuentro de su padre á pasos de siete metros.

## V

Lo ocurrido fué que, mientras los gigantes hablaban, otro joven que nada tenía que ver con el alimento, daba su opinión acerca de ellos. Había descendido con un amigo suyo por las colinas de Sevenoaks y hablaba por los codos.

Al pasar junto á un cercado habían oído piar lastimeramente á tres pajaritos en su nido, y coniguieron salvarlos del ataque de dos hormigas gigantes, circunstancia que fué el origen de la conversación de aquellos. El que hablaba, decía al llegar al campamento de los Cossar:

—¡Y aun nos llaman reaccionarios! Fíjate en ese inmenso terreno; fíjate en ese inmenso pedazo de tierra, antes productivo y ahora deshecho y profanado; contempla esos techos y mira esa inmensa rueda en esas máquinas monstruosas; fíjate en esos diques, y, sobre todo, en aquellos tres monstruos sentados y pensando quizá en algún endiablado proyecto; fíjate, fíjate en esta tierra hollada y aplastada por esos gigantes.

—¿Eres tú de los oyentes de Caterham?...

—Lo que yo hago es emplear mi vista como debo y cuidar de que haya la paz y el orden que hubo en otro tiempo. ¡Este infame alimento es la última transfiguración del Diablo, dispuesto, como siempre, á la perdición del mundo! Piensa en lo que el mundo debió de ser antes, cuando nuestras madres nos dieron á luz, y compáralo con lo que es ahora. Piensa en las sendas, antes sonrientes y cubiertas de doradas mieses; en estos cercados, esmaltados de florecillas, que separaban las modestas heredades; piensa en las casitas de los campesinos, que animaban estos terrenos, y en el tañer de las campanas de aquella torre llamando á los fieles á la oración y al culto... ¡Y, en cambio, ahora, cada año, aumentan las plantas y los hierbajos monstruosos, los bichos enormes y los gigantes que nos envuelven, pasando por encima de nosotros y confundiendo todo lo que hay de más sagrado en el mundo! ¡Pero, míralo... ahí lo tienes!

Señaló hacia el suelo y la vista del amigo siguió la línea del dedo.

—¿Ves eso? Pues es la huella de un pie de los gigantes. Observa cómo se ha introducido en la tierra hasta un metro de profundidad, formando un hoyo que puede tragarse á las caballerías y á sus ginetes, ¡una verdadera trampa para los incautos! La zarza espino está aplastada, estas hierbas están arrancadas, las matas deshechas,

rota la tubería de desagüe del labrador, y el lindero del camino arruinado... ¡Completa destrucción por todas partes! Así van esos monstruos por el mundo, pisoteando el orden y el decoro establecidos, aplastándolo todo bajo sus pies... ¿Y aun hablan de reacción? ¿Qué otra cosa ha de haber sino reacción?

—¿Qué pensáis hacer para oponeros á ello?

—¡Cortarles el paso — gritó el joven de Oxford, — antes de que sea demasiado tarde!

—Pero...

—No es imposible — replicó el joven de Oxford alzando la voz. — Necesitamos una mano vigorosa, necesitamos un plan astuto y, al mismo tiempo, un espíritu resuelto. Hasta ahora nos han engañado con dulces palabras, nos ha dirigido una mano débil, lo hemos tomado todo á broma, y hemos contemporizado, dando lugar al alimento para crecer y extenderse, Aun ahora mismo...

Dejó de hablar un momento.

—Lo que dices — observó su amigo, — es un eco fiel de las palabras de Caterham.

—Sí, ahora hay esperanza, esperanza firmísima, lo que importa es saber con seguridad lo que queremos destruir... La masa del pueblo está con nosotros en mucho mayor número que hace años; la ley está de parte nuestra, y nos amparan la constitución y el orden social, el espíritu de todas las religiones establecidas, y hasta las costumbres

y hábitos de la humanidad entera... ¡Todo y todos están en contra del alimento! ¿Por qué hemos de seguir contemporizando? ¿Por qué hemos de fingir? ¡Odiarnos el alimento, no queremos tenerlo! ¿Para qué hemos de seguir aguantándolo? ¿Quieres que nos hagamos los tontos y le opongamos una resistencia pasiva... hasta que haya pasado el tiempo oportuno?

De repente, se detuvo y dió una vuelta en redondo.

—Mira aquel bosque de ortigas, ¡y entre ellas casas abandonadas, en que antes vivían contentas y tranquilas muchas familias honradas!... ¡Ahora mira allí!

Y le indicó el grupo que formaban los hijos de Cossar, discutiendo las injusticias de que eran objeto.

—¡Sí, contéplalos! ¡Conozco al padre, es un bruto, un ente de voz inaguantable, que anda furioso por el mundo hace lo menos treinta años, por ser este indulgente y misericordioso hasta dejarlo de sobra! Es ingeniero, y todo lo que nosotros tenemos por santo y venerable á él le importa un bledo. Las espléndidas tradiciones de nuestra raza y de nuestra tierra, sus nobles instituciones, el orden venerando y la lenta marcha que nos ha hecho grandes y libres, son para ese hombre antiguallas que no merecen consideración... ¡Es de los que dicen que agua pasada no mueve molino!

Cualquier engaña-bobos del porvenir le parece de mayor valor que lo augusto del pasado. Sería capaz de hacer pasar un tranvía por encima de la tumba de su madre si creyera que con ello resultaba la vía más económica y más cómoda! Y, ¿crees posible que se pueda seguir viviendo así? ¿Crees que estableciendo un compromiso entre ambas partes puede seguir campando cada una por su lado, mientras esa maquinaria siga viviendo en el suyo? Te digo que no hay que esperarlo... ¡Es completamente imposible! Eso sería como contratar con una manada de tigres. Ellos quieren cosas monstruosas y nosotros las queremos pequeñas y bonitas. O dentro ó fuera.

—¿Pero qué vais á hacer?

—¡Mucho! ¡Todo! ¡Acabar con el alimento! Los gigantes hállanse aun esparcidos: no tienen unión; no han llegado á la madurez. Hay que encadenarlos, que amordazarlos, que ponerles bozal; hay que inutilizarlos á toda costa. El mundo ha de ser suyo ó nuestro. Hay que acabar con el alimento; hay que encerrar á los que lo fabrican; hay que incapacitar á Cossar. Parece que no comprendes bien el asunto. Con que consigamos doblegar una generación, basta para que no... Volveremos á nivelar estos terraplenes, cubriremos con tierra las huellas de sus pies; quitaremos de los campanarios las sirenas, y volveremos á lo

pasado, á nuestra vieja civilización, para la cual estamos hechos.

—Creo que es muy poderoso el esfuerzo que intentáis.

—Como poderoso es el objeto á que se dirige, y si no ¿qué será de nosotros? ¿no ves tan clara como la luz la perspectiva que se nos ofrece? Do quiera vemos á los gigantes crecer y multiplicarse, fabricar y esparcir su detestado alimento: se cubrirán nuestros campos de hierbas monstruosas, y las ratas de nuestros sumideros tomarán gigantes cas proporciones. Todo irá aumentando de tamaño: nos invadirá el mundo de los insectos y luego el de las plantas: hasta los peces del mar harán zozobrar nuestros barcos: terroríficas espesuras obscurecerán y cerrarán nuestras viviendas, sofocarán nuestros templos y destruirán el orden de nuestras ciudades, hasta convertirnos en una raza de animaluchos que será aplastada por los zapatones de los nuevos seres... ¡La humanidad dejándose ahogar por sus propios engendros! ¡y todo ello por nada! ¡tamaño, no más que tamaño! Ampliación y enjendramiento y vuelta á empezar... Hasta ahora nos resignamos con gruñir y no hacer nada; pero eso no debe ser, no. Que hagan ellos lo que quieran; también haremos nosotros lo que queramos. Yo estoy por la reacción clara y terminante, ó por tomar el mismo alimento, porque ¿qué otro recurso nos queda ya?

Nos hemos contentado con medidas suaves, y hemos seguido por la senda de enmedio demasiado tiempo, como tú, que tienes por costumbre nadar entre dos aguas. Yo no soy así: aborrezco el alimento con todas mis fuerzas y me opongo á él con toda la energía de mi alma. ¿Qué piensas tú?

—Que es muy complejo el asunto.

—¡Bah! tu eres como la leña que arrastra el agua — exclamó el joven Oxford con amargura.— Los términos medios no sirven para nada. O una cosa ú otra: ó comer también, ó destruir ¿acaso cabe otra alternativa?





Los amores de la Princesa y Redwood.